



—¿Puedo hablarle un momento?

—¿Un momento muy largo?

—*El tiempo de hacerle unas preguntas.*

—Está bien. Pero solamente un momento, y en voz baja. No puedo resistir que me hablen alto.

—¿Está contento con su obra?

—No tengo obra. O por lo menos no tenga una obra fija, definitiva. Yo siento mi obra como algo presente, vivo.

—*Pero la obra de un escritor suele irse quedando en el tiempo, alejándose...*

—Es que yo no soy un escritor. Un poeta nunca es un escritor. Me refiero, como usted puede suponer, al verdadero poeta.

—*Parece usted cansado.*

—He terminado un tiempo, y he iniciado otro tiempo. No es fácil.

—*Además, ha hecho una larga obra.*

—Sí. Lo sé. Pero yo quiero una obra sin fechas. Una obra que circule ardiente y ligera, como la sangre por las venas.

—*Sin embargo, los libros están ahí.*



—Hace tiempo que los busco, y hasta doy con ellos algunas veces. Mis amigos me entregan los que van encontrando. Y los destruyo.

—*¿Por qué?*

—La poesía es siempre actualidad, eternidad. ¿Si usted se quedara calvo, sería capaz de dar una fotografía donde apareciese con un larga melena? ¿Verdad que no lo haría? Eso mismo me ocurre a mí. Si yo fuese un poeta muerto, las cosas serían distintas. Pero solamente soy un poeta enfermo.

—*¿Se encuentra mal?*

—¿Ha leído usted «El doctor Inverosímil», de Ramón Gómez de la Serna?

—No.

—Es una gran libro. Allí se habla de mi enfermedad. Creo que soy una antología de enfermedades. He estado siempre mucho más enfermo que Manuel de Falla, y he amado el silencio mucho más que lo haya amado Falla. ¿Cómo puede amar un músico el silencio? No lo entiendo. ¿Y usted?

—*No sé que decirle.*

—Por favor, sea usted más conciso, y hable más bajo.

—*¿Qué escribe ahora?*

—Yo escribo siempre lo mismo. Escribo mi poesía, algo sin objeto para la mayor parte de la gente. Tampoco «Platero» es un libro para todos los burros. Pero sobre todo, no escribo para los listos. Los listos desprecian la poesía, como los sordos pueden despreciar la música.

—*Pero algo hará usted con esa obra que va recogiendo.*

—Verá. A mí me gusta, al levantarme por la mañana, barajar con la memoria toda mi poesía, y también mi prosa. Luego voy eliminando o acumulando páginas. Es curioso que algunos días mi obra esté compuesta de sesenta volúmenes, mientras otros días apenas llegue a veinte. Es un trabajo feroz, capaz de rendir a un gigante, cuando menos a un enfermo.

—*Comprendo que esa labor le agote.*

—No, no me agota. Todo lo contrario.

—*Mejor.*

—Paso poemas de un libro a otro. Elimino poemas totalmente. Escribo, otros nuevos. Como usted sabe me hubiera gustado publicar una hoja



diaria, bien impresa, desde donde hacer llegar todos los días a mis lectores el poema del día anterior.

—¿Y no lo hace?

—No he podido hacerlo, aunque hubiese sido muy importante para mí. Porque ya le dije que, para mí, la poesía es tiempo presente.

